**“CHRISTINE DE PIZAN (XV) Y TERESA DE JESÚS (XVI); ESTUDIO Y ORACIÓN: ARDUOS Y DELEITOSOS CAMINOS DE LA EXPERIENCIA”**

**“CHRISTINE DE PIZAN (15th c.) AND TERESA OF AVILA (16th c.); STUDY AND PRAYER: ARDUOUS AND DELIGHTFUL ROADS OF EXPERIENCE”**

*Mª Vicenta Hernández Álvarez*

*Universidad de Salamanca*

RESUMEN

En el texto de Christine de Pizan, *Le Chemin de Longue Étude*, y *El libro de la Vida* de Teresa de Jesús se hace explícito el deseo y el esfuerzo de transmitir una experiencia femenina a través de palabras y metáforas comunes. El símbolo del camino le sirve a Christina para impulsar y dirigir una vida dedicada al estudio y a Teresa para mostrar las etapas y los gozos de la oración

**Palabras claves:** Christine de Pizan, Teresa de Jesús, experiencia, camino

ABSTRACT

In the text by Christine de Pizan, *Le Chemin de Longue Étude*, and *El libro de la Vida* by Teresa of Avila, the desire and effort to transmit a feminine experience is made explicit through shared words and metaphors. The symbol of the road serves Christine to promote and direct a life devoted to study, and aids Teresa in showing the stages and pleasures of prayer.

**Keywords:** Christine de Pizan, Teresa de Jesús, experience, road

Dos siglos, dos lenguas, dos mujeres, dos experiencias y dos maneras de decirlas. Me acerco al *Libro de la Vida[[1]](#footnote-1)* de Teresa de Jesús buscando el castellano recio y casi olvidado que necesito para traducir el francés de Christine de Pizan en *Le Chemin de Longue Étude[[2]](#footnote-2)*; y leyendo a Teresa, algunas palabras de Christine encuentran el eco y la versión más certera; “ennorter” se transparenta en el verbo “conortar” que utiliza la mística, y en ambos se esconde el “norte” simbólico que busca aquel que necesita ser exhortado, consolado y dirigido.

Al mismo tiempo que las palabras comunes, se revelan analogías en una serie de metáforas clásicas como la del camino que tanto sirve para el estudio como para la oración, o en imágenes reales de la condición femenina, donde el estudio es al mismo tiempo deleite[[3]](#footnote-3) culpable y arduo trabajo, porque otras mil tareas ocupan el tiempo de las mujeres; como dice Teresa de Jesús: “porque solos los que me lo mandan[[4]](#footnote-4) escribir saben que lo escribo […] y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con tantas ocupaciones” (X, 120). Teresa se refiere a menudo a su condición de mujer, reproduciendo los tópicos heredados para disculparse por su osadía y así captar las simpatías de quienes le mandan escribir, de la Inquisición, y de posibles lectores futuros.

Escribe por mandato y para poner orden en su vida, aunque, como mujer, debería contentarse con callar y obedecer; sin embargo, vamos viendo a lo largo de su relato, cómo el tópico de la obediencia pierde fuerza y presencia por mucho que ella lo repita, funcionando como un recurso retórico o parapeto tras el que se camufla un deseo cada vez mayor de no callar y de ofrecer a los otros su experiencia.

Escribe como mujer y desde aquello que conoce, para que otros, más sabios, hombres y letrados, puedan explicar lo que ella no entiende, definir aquello a lo que ella no alcanza. No quiere ser tenida por maestra, alguien “tan ruin”[[5]](#footnote-5), ni pretende tampoco alcanzar el mérito o el conocimiento que le permita acceder a tal estado; y sin embargo, todo su empeño está puesto en señalar que lo que cuenta es cierto porque ella misma lo ha vivido y puede decirlo, mejor, quizás, que aquellos que solo por sus estudios lo conocen. Así, cada vez que Teresa se encomienda a los confesores y letrados, no muy lejos de estas afirmaciones señala también, explícitamente la mayor parte de las veces, que la experiencia sabe más y más puede decir por tanto de la vida del espíritu que el estudio que a ella, como mujer, le ha estado vedado[[6]](#footnote-6). La palabra “espirience” es una de las más repetidas en *El Libro de la Vida;* Mucho más a menudo acude Teresa de Jesús a este argumento de verdad que al de la autoridad de los libros o a las enseñanzas de sabios y santos. No querrá ser tomada por letrada, pero aquí su humildad se transforma en exaltación de su propia experiencia y en valor seguro donde se asienta su orgullo y su anhelo. Todo su saber y su arte le vienen de Dios, dice, y con ello queda al mismo tiempo presa y libre, reconfortada y segura.

Ciento sesenta años antes, Christine de Pizan se conformaba con pertenecer a la “Escuela de Sabiduría”[[7]](#footnote-7) y vivir de la escritura. En *Le Chemin de Longue Étude,* también se evoca la propia experiencia[[8]](#footnote-8), pero la autora acude constantemente a la autoridad de los sabios y filósofos, a los ejemplos y modelos que como espejo le van señalando las etapas y peligros del camino. Por encima de todos ellos están las Escrituras y Dios, pero la relación con Christina es intelectual e indirecta. Si tuviéramos que señalar una jerarquía, para Christina el libro es lo primero, para Teresa lo primero es la experiencia; tal vez hay más aventura y más riesgo en lo que cuenta Teresa, que en ese camino simbólico y maravilloso que recorre Christine con la Sibila de Cumas, a través de valles, montes o cielos, y que no es más que un camino a través de los libros.

Christine de Pizan reivindica su condición de mujer y de escritora, se acomoda a los tópicos de la época para poder vivir de su oficio[[9]](#footnote-9). Teresa de Jesús no reivindicará su condición de mujer, al contrario, exagera, llevando los estereotipos hasta la caricatura, esa posición inferior que le ha tocado; y tanto lo exagera, que el tópico pierde fuerza y se olvida como se olvida un artificio[[10]](#footnote-10). Cuando Teresa insiste en el valor de la experiencia, ésta no vale más ni vale menos porque Teresa sea mujer; si la tradición la ha puesto en un lugar inferior en el saber y en las “letras”, esto poco influye en la verdad de la vida.

Se minusvalora y se desprecia, e incluso parece querer mostrar como negativo aquello que en otro sentido, más directo, podría tomarse o debería tomarse por bueno: da cuenta así, como sin pretenderlo, de sus muchas cualidades[[11]](#footnote-11). Teresa dice ser “muy curiosa”[[12]](#footnote-12) (II, 57), y también “tan regalada” (III, 65) o “tan honrosa”[[13]](#footnote-13) (de palabra) (III, 66). La honra y la estima unas veces son consideradas virtud y otras defecto: “holgábame de ser estimada” (V, 75) dice Teresa y lo presenta como un pecado de vanidad, pero más adelante señala cómo cuenta sus pecados “hermoseándolos”, aunque su confesor le aconsejara moderación en el relato: “Creo no añado muchas en decir otras mil [las veces en las que podría morir en pecado] , aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados y harto hermoseados van” (V, 82), y quizás aquí, en este giro sagaz, debamos darle la razón a Teresa, pues “tan hermoseados” van sus pecados que nos resulta difícil identificarlos. Los “pecados” de Teresa, en expresiones abstractas, (jamás desciende a relatar los hechos o las palabras) nadie los conoce, salvo Dios y ella misma; y son “pecados” porque como tales los presenta, mas otra cosa sugieren sus palabras: “Para el mal y curiosidad tenía gran maña y diligencia. El Señor me perdone” (VI, 87); su minusvaloración teñida de ironía nos fuerza a fijarnos en la gracia y entre “la curiosidad” y la “vanidad” no vemos el mal en parte alguna.

La condición de mujer es para Teresa un modelo que solo afecta a las demás mujeres y del que ella se separa. A menudo tiende a señalar la diferencia, ¿será está la vanidad que irónicamente confiesa? No defiende a las mujeres frente a una tradición que las acusa y las culpa. Ella “finge” estar conforme con esta tradición, pero no se siente concernida. Ella misma pone a los hombres en guardia contra las mujeres[[14]](#footnote-14):

…para aviso de que se guarden los hombres de mujeres […] (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa de ellas pueden confiar; que a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afeción que el demonio les pone, no miran nada (V, 78).

Tampoco es amiga de ceremonias y supersticiones como lo son algunas mujeres:

Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con cerimonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacía devoción: después se ha dado a entender no convenían, que eran supresticiosas… (VI, 86).

Cuando se ampara en el tópico de la libertad nociva para las mujeres, precisa que ella habla en general y no de su propio convento (VII, 91-92), e incluso deshace el tópico señalando que en este asunto no hay diferencia de género, y que el peligro es el mismo para hombres y mujeres, para frailes y monjas:

Oh, grandísimo mal, grandísimo mal de religiosos, (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda relisión!, adonde en un monesterio hay dos caminos: de virtud y relisión, y falta de relisión, y todos casi se andan por igual… (VII, 93)

Son los mismos los caminos para hombres y mujeres, y si la mujer es más débil y tiene menos ánimo que el hombre, cosa que Teresa no pone ningún empeño en negar, afortunadamente ella no comparte estas características femeninas. Dice ser “flaca” (débil ante el pecado) y “ruin” como hemos visto, pero esta retórica de la humillación es desmentida y aprovechada en otro sentido: “Verdad es que soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo que no perderá quien, humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto a quien tiene espiriencia” (VII, 102); de la primera pasa Teresa a la tercera persona del verbo, y la experiencia a la que alude no es otra que la suya; y es más, si ella no explicita directamente sus virtudes, otros lo hacen por ella, y así lo escribe:

[para entrar en el oratorio] que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño y se ha visto me le dio Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor (VIII, 108).

Una alabanza en boca de otros, completada por una afirmación tajante, “y se ha visto”, que convierte a la autora en alguien excepcional, al margen del género. Se lamenta sin embargo de otras características que sí comparte con las mujeres y que califica despectivamente de “mujeriles”[[15]](#footnote-15): “Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba” (IX, 115), también se queja de ser “simple”, de la dificultad que tiene para “discurrir con el entendimiento”; se queja de su falta de “imaginación”, y por ello, de necesitar imágenes para recogerse en la oración[[16]](#footnote-16). Falta de letras[[17]](#footnote-17), falta de entendimiento y falta de imaginación, pero no falta de ánimo. Ignorante pero atrevida[[18]](#footnote-18), aprovecha lo que la tradición dice de las mujeres, y se atreve a ser irónica con los hombres:

Para mujercitas como yo, flacas y con poca fortaleza, me parece a mí conviene (como Dios ahora lo hace) llevarme con regalos, porque pueda sufrir algunos trabajos que ha querido su Majestad que tenga. Mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento… (XI, 130).

Si los hombres son fuertes, seres de razón y entendimiento, “hombres de tomo”, no precisarán atenciones ni regalos especiales para recorrer el camino de la virtud y la de la gracia. Y estas mismas atenciones que ella sí precisa, y que recibe de Dios, difícil le es decirlas; las conoce por experiencia, pero no tiene letras para describirlas: “Eso vuesas mercedas lo entenderán - que yo no lo sé más decir – con sus letras” (XVIII, 176). Aunque de poco sirven las letras, parece, según lo expresa Teresa, a quienes no gozaron de la experiencia del regalo. Ciertamente es atrevida cuando tan irónicamente lo señala y cuando dice lo que haría si tuviera autoridad para ello, y aún reconociendo que no la tiene, lo dice:

Con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan que me deshacen […] que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho […] y las daría a los reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten ni dejar de haber grandísimos bienes.[[19]](#footnote-19) (XXI, 206)

En *Le Chemin de Longue Étude*, Christine se transforma en mensajera de las alegorías (Razón, Caballería, Riqueza y Sabiduría) para transmitir a los poderosos las conclusiones a las que ha llegado para traer la paz a la Tierra, para señalar cómo y quién debe ser el príncipe que la gobierne. Christine ha visto en sueños la guerra que dirige al mundo y todos sus reinos. Christine, atrevida, pregunta, se informa, toma nota, y su escrito, revisado y con el visto bueno de las cuatro damas, llevará a la tierra. El marco del viaje alegórico, la estructura del debate, la presencia de una maestra y mentora, encierran el texto de Christine de Pizan en la seguridad de la tradición de una cultura libresca y sus tópicos. En la segunda mitad del poema el discurso de Christine se ralentiza y se diluye. La autora está presente en los verbos de la mirada (algo menos en los de la escucha) como un testigo sin poder alguno; su presencia poco o nada modifica el “espectáculo”, hasta el punto que llegando el lector a los últimos cinco versos del poema, se sorprende tanto o más que ella al ser despertada por su madre cuando ésta abre la puerta de la estancia. Es demasiado rápida la fórmula (el retorno abrupto a un decorado y una realidad cotidianos), que da el texto y la visión por terminados. ¿De dónde regresa Christine? La alegoría le ha ganado la partida a la experiencia y a la enseñanza.

Siglo y medio más tarde, Teresa de Jesús, no desaparece nunca de su texto[[20]](#footnote-20); los términos en los que se humilla, los diminutivos tras los que se esconde, la revelan grande y fuerte en su escritura:

Pues créanme -¡crean por el amor de el Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable! […] Quiero decir las naderías y poquedades que yo hacía cuando comencé, u alguna de ellas: las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego que no soy yo para más. (XXXI, 304)

Solo una cosa echa de menos, la libertad para poder obedecer en todo punto el mandato del Señor. No por ser mujer, que eso bien lo puede superar Teresa, sino por no ser libre, se le hace ardua, “casi imposible”, la misión que se le ha encomendado:

Algunas veces afligida decía: “- Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? Que, aunque fuera mujer, ¡si tuviera libertad!; mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de adónde tenerlos, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer Señor? (XXXIII, 322)

En cualquier caso, la libertad que no tiene para hacer frente a todos los problemas, especialmente económicos, ella parece haberla encontrado en la escritura. Precisamente, escribir con libertad es una de las condiciones impuestas por su confesor y al mismo tiempo el mérito y la seguridad de la autora, su deleite:

Y por pensar vuesa merced hará esto que por amor del Señor le pido y los demás lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás, basta ser mujer para caérseme las alas, cuantimás mujer y ruin. Y así, lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí… (X, 121)

Al finalizar *El Libro de la Vida*, Teresa vuelve a dirigirse a su confesor, encomendándolo a Dios y, humillándose de nuevo, reconoce su osadía al haberse atrevido a escribir “cosas tan subidas” (XL, 401-402). La hemos visto extenderse en el relato, esforzándose en decir del mejor y más acertado modo su experiencia y, sin embargo, vuelve a disculparse por ello, ocultando hasta qué punto le agradaba este trabajo (rebajándolo a tarea simple y descuidada, porque otras tareas, como mujer, han reclamado su tiempo y su esfuerzo), sin atreverse a decir también que de algún modo se recreaba y “engolfaba” en la escritura:

Y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida, aunque no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino puniendo lo que ha pasado por mí con toda llaneza y verdad que yo he podido (XL, 402)

¿Creeremos a Teresa en este punto, cuando antes ha insistido en señalar que era “tan curiosa”?, ¿lo será en todo menos en la escritura, en ese único espacio de libertad donde, aún siendo mujer, no se le “caen las alas?

Pues si la “experiencia” es el meollo del *Libro de la Vida*, la escritura es la acción y el motivo que más directamente se asocia a esta experiencia. El libro y la vida, la experiencia y la expresión o cómo decir lo que se ha vivido y “decirlo con verdad”; la propia experiencia se convierte en argumento de verdad y de hecho, los dos términos pueden aparecer como sinónimos superlativos: “Porque muchas veces (yo tengo grandísima experiencia de ello y sé que es verdad…)” (XI, 131)[[21]](#footnote-21). De ahí el problema de Teresa, ¿cómo decir, cómo hacer ver y creer lo que ella ha vivido, dónde encontrar la expresión más adecuada? “De lo que tengo espiriencia puedo decir,…” (VIII, 106), afirma la autora, pero es consciente de que le gustaría decirlo de la mejor manera para que a otros aproveche. Este deseo se hace a menudo explícito: “Quisiera yo saber figurar…” (VIII, 109); la escritora es dolorosamente lúcida sobre la distancia que va de su deseo al resultado de sus escritos: “por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien escuro para quien no tuviere espiriencia” (X, 121). Se preocupa por no ser capaz de “dar a entender” como ella quisiera y pide a Dios que dé luz a sus lectores. Su escritura es un arduo trabajo de aproximación lleno de peligros: de la experiencia al libro, del libro a los futuros lectores, en los que ya piensa:

Paréceme lo he dado a entender y por ventura será sola para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren, con la espiriencia que, por poca que sea, luego lo entenderán. Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo. (XII, 135-136)

Evoca su propia experiencia de lectora para ponerse en la piel de esos posibles lectores que, como ella, no entenderán quizás la primera vez ni la segunda, para que no desmayen en el empeño, como no lo ha hecho ella, primero para tratar de ver y comprender, luego para saberlo dar a entender; se trata de la escritura como trabajo cuidadoso, “curioso”, de la búsqueda esforzada de las palabras precisas, aclaradoras. Teresa quiere “atinar”: “Creo, con el favor de Dios, en esto atinaré algo…” (XV, 162) y confía en conseguirlo. “Honesta”, “curiosa”, “animosa”, sabe que puede hacerlo; la dificultad de la expresión es para la escritora un reto para el que se reconoce dispuesta, y que tiene varios frentes: el más importante, “dar a entender”, y entre otros, decir lo más importante, elegir, no extenderse más allá de lo prudente, no “salirse de propósito”. El que más preocupa a la autora es el primero, pero el segundo no le es menos costoso. Evoca a menudo el tópico de la brevedad para señalar el trabajo que a ella le cuesta respetarlo, y cómo contradice en su caso el deleite que es para ella la escritura. Ella siempre quisiera seguir adelante, decir más, escribir más extenso[[22]](#footnote-22),“Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto” (XXVII, 262), porque para ella, en una expresiva antítesis, escribir es descanso: “cansarme de escribir me es descanso” (XXVII, 263), aunque a veces vuelva sobre sus pasos y dude, o haga como que duda, y dirija una mirada entre divertida y crítica a lo que lleva andado, escrito:

No sé si hago bien en escribir tantas menudencias. Como vuesa merced me tornó a enviar a mandar que no se me diese nada de alargarme ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda (XXX, 293)

Antes de escuchar críticas ajenas, se adelanta Teresa y las sugiere con gracia, sin lamentarse de ello; antes de provocar el enfado de sus lectores les propone un camino : este guiño familiar y risueño es su mejor defensa y una de sus estrategias de conquista: “Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación que he dado de este monesterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas que el Señor en esto ha obrado…” (XXXVI, 356). Alégrese, parece decirle Teresa a su confesor, que podría contarle mucho más de lo que cuento, que reducido va en extremo este relato para lo que podría haber sido.

“Menudencias”, “boberías”[[23]](#footnote-23); con declararlas tales, Teresa justifica sus digresiones, o lo que ella llama “salirse de propósito”. En otras ocasiones dirá que no dirá más “por no alagar” (XXXVIII, 370), “diré pocas cosas por abreviar y por no ser necesario, digo, para ningún aprovechamiento” (XXXVII, 374), o por no cansar y aburrir, “son tantas las mercedas que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese si las hubiese de decir” (XXXVIII, 381), aunque en realidad el tópico de la brevedad no sea aquí más que la pantalla del superlativo, del número indecible de las mercedes que le ha hecho el Señor.

Otras veces la abundancia de la palabra complica la propia percepción de la escritura. La acumulación, las repeticiones intuidas y temidas interfieren en la comprensión de un orden, en la claridad misma del texto[[24]](#footnote-24): “¡Ay…, que no sé qué me digo…, que casi sin hablar yo escribo ya esto! Porque me hallo turbada, y algo fuera de mí, como he tornado a traer a mi memoria estas cosas” (XXXVIII, 374). “¡Que casi sin hablar escribo ya esto!”, dice Teresa; ¿debemos entender que normalmente la escritora pronuncia mentalmente (en voz alta quizás) las palabras que escribe? En cualquier caso, esta confesión, en el presente de su escritura, muestra cómo se deja llevar, cómo escribe “turbada”, “algo fuera de sí”, empujada por la escritura misma. ¿Cómo explicar de otro modo el que acudan a su pluma cosas que no cree conocer?

que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi maestro celestial; […] se me hace escrúpulo poner u quitar una sola sílaba que sea. Así, cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán. (XXXIX, 382)

Se las dicta el Señor; buen argumento para justificar el escribir largo y cumplido, incluso el repetir, si el Señor repetía…; pero tampoco quiere Teresa que se entienda que todo le era dado, que algo habrá, dice, de su cosecha. Sin embargo, más allá del orgullo de escritora, Teresa de Jesús sabe que lo escrito no es un espejo, que por mucho empeño que ponga, la palabra no reflejará fielmente la experiencia, por falta de saberes: “que no lo sabía yo decir como lo entiendo” (XL, 393) o porque no existen los medios ni las técnicas para comunicar dos realidades tan distintas; y más aún cuando el entender ya no es solo el mirar y el ver, cuando el entender ya no cuenta con agarraderos en lo concreto:

Y vínome un arrebatamiento de espíritu de suerte que yo no lo sé decir […] no sé yo decir cómo, porque no vi nada […] que no lo sabría yo decir como lo entiendo […] de una manera que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa. (XL, 392-393)

La antítesis sugiere el pobre resultado de un esfuerzo inútil: “aunque esto va dicho escuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender” (XL, 394).

Para poder decir con claridad, Christine de Pizan utilizó la alegoría. A lo largo de todo el poema repite las palabras clave: lo cuento como lo ví y es cierto, y porque lo ví puedo contarlo. Más allá de esta fórmula no se cuestiona la pertinencia ni el efecto de su escritura. Una vez decidida la estructura y la estrategia, Christine puede resumir o ampliar y contar por menudo…, pues no es ella quien decide; se ha colocado en el lugar de la secretaria y mensajera que toma nota de cuanto ve y oye, que transcribe y envía. Una vez decidido el marco: el sueño y sus visiones, entre el dormirse y el despertar Christine está a salvo y puede permitirse no dudar. Su trabajo de escritura queda fuera del texto. No ocurre lo mismo en los versos previos al sueño, a la entrada en el marco alegórico; aquí, Christine es una mujer real que sufre, se desespera, llora; también es una mujer estudiosa, amante de la lectura; una mujer en busca de consuelo y sobre todo de un orden, un camino y un norte.

Siglo y medio más tarde, Teresa de Jesús también busca un orden y un camino, pero la alegoría ya no le sirve si no la transforma. No quiere representar su vida con símbolos ajenos; solo quiere decirla porque es tan rica que hay en ella materia extraordinaria y maravillosa, tanto que “espanta”. El reto de Teresa está en ser capaz de expresarla, de hablar de “cosas tan subidas” con las palabras cotidianas, recias y claras.

Para representar el contraste entre el cielo y la tierra, Dios y los hombres, lo elevado y lo bajo, utiliza Teresa el término “subido”, más plástico que “alto” y más dinámico, añadiéndole a menudo la intensidad del superlativo, “tan subido estado” (VIII, 97), “muy subida oración” (XXVII, 255), “tan subido mal” (XXIX, 279), “en contemplación tan subida” (XXXIX, 382)[[25]](#footnote-25). El término “bajo” aparece en correspondencia, pero con un carácter marcadamente estático frente al movimiento virtual que el sema del verbo “subir” esconde en el adjetivo: “y no he visto a ninguna de estas [almas] que quede baja en este camino…” (XIII, 137). Está lo bajo tan cerca de la experiencia humana que Teresa puede acudir a realidades cotidianas: “de suerte que esta miserable Tierra tornase a servir de muladar” (XIV, 153). De lo bajo a lo subido, la vida del hombre es lucha y camino, y aún más la del místico; un camino lleno de escollos y de pruebas. La lucha interior se transforma en imagen de batallas frente a adversarios concretos: “Hízome en esto gran batería el demonio…” (XIX, 185), “como quien pelea contra un jayán fuerte quedaba después cansada” (XX, 193). La “largueza”, virtud caballeresca por excelencia, es en Dios suprema e infinita: “y an con las que son buenas [almas] es largueza y mananimidad. Oh largueza infinita…” (XVIII, 176)[[26]](#footnote-26). Como los caballeros, Teresa se debe a una misión, primero obedecer, y después dar a conocer la grandeza y la misericordia de Dios: “(que sabe Su Majestad que, después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto” (XVIII, 178); con “engolosinar” se acerca a las almas desde los sentidos y sus placeres[[27]](#footnote-27). Sin embargo hay experiencias que en nada o en muy poco tocan el cuerpo y sus sentidos y que difícilmente se explican o comprenden. En la literatura medieval se hablaba de “maravillas”. Es “maravilla” lo excepcional, lo extraordinario, lo inexplicable, bueno o malo, que asombra o conmueve. Es el término recurrente que anuncia o prepara todas las maravillas del mundo a las que Christine de Pizan tendrá acceso en su *Camino*, “De ce trop fort m’emerveillay” (v. 823), “Mais ains merveilles lus de mile” (v.1285). Las palabras “maravilla” o “maravillarse” escasean sin embargo en *El Libro de la Vida;* en su lugar aparece el verbo “espantar” o “espantarse”, el adjetivo “espantada”, y algo menos, el substantivo “espanto”, pues también aquí prefiere la autora señalar el movimiento y un cierto matiz de importante acción interior. El “espanto”, como la maravilla, puede señalar la presencia de realidades excepcionales, buenas o malas, puede significar simplemente la extrañeza o la confusión[[28]](#footnote-28), “Yo no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia,…” (VI, 88), mostrando una reacción exagerada o el miedo ante el dolor propio o ajeno: “y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos” (IV, 69), justificando la hipérbole en la empática reacción de los otros[[29]](#footnote-29). La paradoja espanta, como espanta lo que se ve cierto cuando la razón lo señala como imposible. Espanta el milagro sugerido: “después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva!” (VI, 88); espanta lo que no encuentra explicación incluso en el propio comportamiento, los cambios de los que la voluntad no ha sido dueña: “y acordándome que estaba libre de aquello [ocuparse de su regalo y gala], me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía” (IV, 68); el sema de la sensación de sorpresa también puede integrar el “espantarse”. A veces puede asociarse con otras palabras que matizan el sentido; frecuentemente es la expresión “espantada y turbada” (VI, 94), la que sirve para añadir la impresión duradera, pues si el espanto puede ser un hecho o una reacción más o menos puntual, la turbación es algo que, modificando el estado del sujeto, lo mantiene así un tiempo: asombrado, sorprendido y temeroso, porque el miedo, el temor o la angustia son matices que también esconde la riqueza del “espantar” y que no están normalmente presentes en el “maravillarse”. Cuando Teresa utiliza “espantar” para señalar su reacción ante las mercedes divinas que ha recibido: “Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios…” (VI, 87), más allá del asombro y la extrañeza, permanece una sensación de gran inquietud y desasosiego; podríamos llamarlo “temor”, pero va más allá del temor, y en un punto, hiperbólico, convive con el gozo. Toda esta riqueza sémica supera las connotaciones de “maravillarse”. Es posible que al final de la Edad Media, la maravilla hubiera perdido ya parte de su fuerza y que se asociara con los elementos y los hechos más o menos fantásticos que poblaban algunos textos. También es probable que “espantar” fuera una palabra común en el siglo XVI y que sus semas de “miedo”, “terror” o “angustia” que hoy se le asocian no estuvieran entonces tan presentes, pero los contextos en los que Teresa de Jesús la utiliza ya nos sugieren estas interpretaciones, contradictorias y vivas. En *Le Chemin de Longue Étude*, Christine de Pizan es espectadora de la maravilla; en el “espantarse” de Teresa todo su ser se moviliza y se modifica la experiencia[[30]](#footnote-30).

El vocabulario significativo de Teresa de Jesús parece acompañar, sutilmente, el mismo movimiento que provoca su sintaxis. Como si los contornos de las palabras no estuvieran terminados ni fijados, como si en lugar de pretender precisar conceptos quisiera relatar procesos, o hacerlos palpables en el tiempo. Este movimiento íntimo de la escritura se plasmará en la metáfora tradicional del camino, pero previas a la alegoría, las palabras señalarán el destino y la necesidad urgente de la dirección; hay que “tener aviso” (II, 57), o ser “muy avisado” (III, 64)[[31]](#footnote-31), tener el ánimo suficiente y mirar al norte; en el *Libro de la Vida* encontramos “confortar” y “conotar”[[32]](#footnote-32); sea por el paralelismo con el francés “connorter” o “ennorter” que también utiliza Christine, o sea, más allá de estos datos, por un ejercicio de analogía personal y popular, en ambos casos se transparenta el sema de dirección espacial, el deseo y el norte del caminante, su fuerza, su proyección y su destino; más allá de toda prueba, de toda caída o retroceso, más allá de todo esfuerzo y sufrimiento, queda el norte que empuja y reclama: “…como un deleite interior que todo el alma me conorta” (XXXI, 295). También en *Le Chemin de Longue Étude:*

Jus du ciel quanque il lui ennorte

Ces choses de moy ne sos mie

Mais Sebile, a qui fus amie,

Ainsi les m’avoit ennortés

Com je les vous ay raportees (v. 2.484 – 2.488)

Cuando la palabra sola no basta para “dar a entender”, Teresa recurre a las comparaciones: “Quisiera yo saber figurar la catividad, que en estos tiempos tría mi alma…” (VIII, 109). En el capítulo XI del *Libro de la Vida*, señala implícitamente los principios de su estética práctica. Si recurre a las comparaciones, aún siendo mujer, es porque lo esencial para ella es mostrar las mercedes de Dios, y una comparación pertinente puede ser de gran utilidad:

Habré de aprovecharme de alguna comparación, anque yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje del espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación: servirá de dar recreación a vuesa merced de ver tanta torpeza.

Paréceme ahora a mí que he leído u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni a qué propósito, mas para el mío ahora conténtame. (XI, 125)

La comparación ha de “venir a propósito”[[33]](#footnote-33). Las mejores, Teresa las considera un regalo de Dios: “Regálame esta comparación […] porque muchas veces en mis principios me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él…” (XIV, 152)[[34]](#footnote-34). Tantas veces dice “no saber decir” y que es el Señor quien la guía como un maestro, que el magisterio es cada vez más explícito y concreto: pero el Señor no dicta a Teresa las comparaciones apropiadas, solo la guía para que ella las encuentre (en la tradición, en las lecturas, en su condición de mujer), esforzándose, en arduo y deleitoso trabajo. Como el buen maestro, el Señor la anima y alaba sus logros: “Suplicando yo a su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase a servirle, me dijo: \_ Buena comparación has hecho; mira no se te olvide para procurar mijorarte siempre” (XXXIX, 390). Quizás ella no tiene ni la autonomía ni la discreción necesaria para enseñar y aconsejar; pero decir que Dios es el principal destinatario y el principal impulsor del *Libro de la Vida*, no solo justifica el contenido de su discurso, también justifica su forma, pues Dios no es el maestro que guía la mano sino el que la apoya para que ella misma, con trabajo pero con confianza la encuentre; se asegura así Teresa, aunque mujer y no letrada, su autonomía espiritual y la autoría.

La imagen del camino funciona como superestructura del *Libro.* Primero, porque la vida del creyente es tradicionalmente un camino; segundo, porque el camino también refleja el progreso y las etapas de la “oración mental”, de la “oración de quietud” (IX, 112). Este es el “camino de oración” el “camino tan alto”, “verdadero camino”, “camino de cruz”, “camino de perfección” (XV, 161)[[35]](#footnote-35). Pronto se comprueba que se trata de una costosa subida; saber que se llegará a lo más alto mantiene la esperanza y la fuerza necesarias: “e ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo…” (XVII, 171). Ver el mundo desde lo alto, sirve a Teresa “para pasar el trabajo del camino” (XXXVIII, 367). Allí la ha conducido la oración; desde allí todo parece “una manera de sueño en la vida” ¿Desde dónde mira y escribe Teresa de Jesús, la mujer que empezó a dar cuenta de su vida por obediencia? El *Libro de la Vida* es un recorrido; una vez andado este camino, la autora se contempla desde fuera: “Por estar ya fuera del mundo y entre poca y santa compañía miro como desde lo alto; y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa” (XL, 401). ¡Qué diferencia en *Le Chemin de Longue Étude*! Christine de Pizan, para emprender el camino debió fingir que dormía, que la visitó y guió la Sibila. Llegó a lo más alto que se puede llegar con el estudio pero no alcanzó a ver a Dios; escuchó a reputados intermediarios, y tomó nota, transcribió sus mensajes, y despertó, de nuevo en su condición de mujer, joven, viuda, hija, madre y escritora, para recordar el camino como una aventura, “maravilla” y paréntesis, pues nada ha cambiado para Christine, la literatura es un medio de ganarse la vida; todo cambia para Teresa en Libro de la Vida, porque el libro es su vida.

**Referencias y bibliografía**

Teresa de Jesús.; *Libro de la Vida.* Edición de Francisco Rico, Barcelona, Círculo de lectores, 1991.

Christine de Pizan.; *Le Chemin de Longue Étude*, (Édition critique du ms. Harley 4431, traduction, présentation et notes par Andrea Tarnowski), Paris, Lettres Gothiques, Librairie Générale Française, 2000.

Celis, Roger. ; “Teresa de Jesús y el Libro de la Vida. Más allá de la retórica confesional”, *Espéculo, Revista de Estudios Literarios,* 40Madrid, Universidad Complutense, 2008, <[http://www.ucm.es/info/especulo/numero 40/steresa.html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero%2040/steresa.html)>

García de la Concha, V.; *El Arte literario de Santa Teresa,* Barcelona, Ariel, 1978.

Hernández Álvarez, Mª V.; “Mujer y conocimiento: la alegoría práctica de Christine de Pizan en su *Chemin de Longue Étude*”, *La Querella de las mujeres en Europa e Hispanoamérica*. Dolores Ramírez Almazán, Milagro Martín Clavijo, Juan Aguilar Gonzáles, Daniele Cerrato [Editores], Sevilla, ArCiBel Editores, 2011.

Navarro Durán, R.; “Con toda verdad y llaneza: la eficacia de la escritura sin ornato”,

*Teresa de Jesús*, *V Centenario de su nacimiento. Historia, literatura y pensamiento,*

Actas del congreso Internacional Teresiano. Universidad Pontificia de Salamanca,

22-24 octubre 2014. Diputación de Salamanca, 2015.

Pérez González, Mª José.; “El rostro de Teresa de Jesús como escritora en El Libro de la

Vida”, *TONOS, Revista electrónica de estudios filológicos*, 20, diciembre 2010.

Weber, A.; “Semántica disidente de Teresa de Jesús: tres palabras claves”, *Teresa de*

*Jesús, V Centenario de su nacimiento. Historia, literatura y pensamiento*, Actas del

Congreso Internacional Teresiano. Universidad Pontificia de Salamanca, 22-24

octubre 2014. Diputación de Salamanca, 2015.

1. Teresa de Jesús (1515-1582), acabó la primera redacción del *Libro de la Vida* en junio de 1562. Fue editado por primera vez por Fray Luis de León en 1588, en Salamanca, basándose en la copia autógrafa de la propia Teresa, actualmente en la biblioteca del Escorial. [↑](#footnote-ref-1)
2. Christine de Pizan señala su encuentro con *La Consolación de la Filosofía* de Boecio, el 5 de octubre de 1402; es el momento en el que escribe *Le Chemin de Longue Étude*. [↑](#footnote-ref-2)
3. “La voz *deleite* aparece 44 veces en *El Libro de la Vida*, lo cual es sorprendente, primero, debido a las connotaciones sensuales de la palabra. Pero había connotaciones aún más problemáticas: *deleite* corría el riesgo de evocar la alegría proclamada por los alumbrados” (Weber A, 2015: 164). [↑](#footnote-ref-3)
4. Escribir por mandato: tópico de la modestia, entre los topoi clásicos de la captatio benevolentiae. [↑](#footnote-ref-4)
5. Con el adjetivo “ruin”, frecuentemente precedido del intensivo “tan”, “tan ruin”, que hoy nos parece exagerado, se describe la escritora de manera recurrente. Roger Celis lo explica dentro de la Retórica de la feminidad: “el envilecimiento a través de la insistencia en sus pecados le sirve a la religiosa para negociar una posición a partir de la cual poder tener voz como pedagoga, mística y mujer” (Celis, 2008). [↑](#footnote-ref-5)
6. Aunque “Teresa de Ahumada perteneció a una de las primeras generaciones de mujeres españolas, quienes, gracias a la difusión de la imprenta podían gozar y darse el lujo de la lectura” (Celis, 2008). [↑](#footnote-ref-6)
7. Se trata del camino de la ciencia y el conocimiento reservado para los “soubtils”: “Car ce lieu est gardé pour ceulx/ Qui sont diligens de comprendre/ Et se delitent en apprendre” (v. 940 -942). [↑](#footnote-ref-7)
8. En el caso de Christine de Pizan, esta experiencia es sobre todo visual. En el camino alegórico del estudio por donde la conduce la Sibila, “mirar” es el principio de conocer y comprender. [↑](#footnote-ref-8)
9. Dice ser simple y de poco valor, “mon petit dit pour mon petit pris” (v. 56), carecer de técnica, « moy qui sans pratique » (v. 41), y de inteligencia, « Pour mon entendement trop rude » (v. 2026) ; se dice ignorante, « A si povre ignorant personne/comme je suis » (v. 6.322). [↑](#footnote-ref-9)
10. Así ocurre con su “ignorancia”: “Dicen los que lo saben mijor que yo, […] porque esto es de letrados; no ha querido el Señor darme a entender el cómo, y soy tan inorante y de tan rudo entendimiento..” (V, 265-267). [↑](#footnote-ref-10)
11. “Las muestras de bajeza, humildad y sufrimiento son también prueba de su superioridad intelectual […] Cada confesión y recuento de culpabilidad es atenuado o contrarrestado por una velada justificación o expiación de la culpa” (Celis, 2008). [↑](#footnote-ref-11)
12. “Era curiosa en cuanto hacía” (V, 75). “Curiosa” tiene el sentido de “limpia”, “aseada”, “cuidadosa”; el término sigue teniendo hoy, también, este sentido. Teresa presenta esta característica casi como un pecado venial, pues supone ocuparse de asuntos mundanos; sin embargo, ¿en cuántos contextos no es este término, con este mismo sentido, la expresión de una alabanza? De algún modo, gracias a esta personal e implícita litote, Teresa dice bien de sí misma. [↑](#footnote-ref-12)
13. Ocurre aquí como en el caso anterior. Teresa lo explica: “porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez”. Convierte la virtud (ser mujer de palabra) en falta, pero deja constancia de la virtud que revela la falta. Respecto de la “honra”, señala Victor G. de la Concha, “conviene en cada contexto precisar el significado del término […] hace Teresa de Jesús la más radical crítica del ansia de honra que emborrachaba a los españoles del siglo XVI: riéndose a veces; denunciando otras la identificación de honra y dineros…” (G. de la Concha, 1978: 18). [↑](#footnote-ref-13)
14. En la tradición de los Padres de la Iglesia, los tratados de Educación de la Edad Media o del *Roman de la Rose* de Jean de Meun. [↑](#footnote-ref-14)
15. Ni siquiera en este caso se trata de un verdadero acuerdo. Se verá más adelante que la comparación solo era el fruto de una interpretación errónea. No son lágrimas “mujeriles” las de Teresa, sino expresión del “don de lágrimas” en el camino de la oración. [↑](#footnote-ref-15)
16. “Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento para representar cosas, que si no era lo que vía, no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas que pueden hacer representaciones adonde se recogen. […] A esta causa era tan amiga de imágenes” (IX, 113). [↑](#footnote-ref-16)
17. “porque yo sin letras ni buena vida, ni ser informada de letrado ni persona alguna” (X, 120). [↑](#footnote-ref-17)
18. “Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida” (XVI, 168). [↑](#footnote-ref-18)
19. A veces es al amparo de la estructura condicional como señala Teresa su deseo de decir más o como directamente dice, fingiendo no hacerlo: “Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes he ha hecho este glorioso santo [San José]…” (VI, 87). [↑](#footnote-ref-19)
20. “Américo Castro ya subrayó el “fascinante encanto de esta autobiografía: la autora al narrar el proceso de su vida incluye en su hacer literario la creación del agente de ese hacer” (Navarro Durán, R, 2015: 147). [↑](#footnote-ref-20)
21. Las expresiones del mismo tipo abundan: “No diré cosa que no la haya espirimentado mucho” (XVIII, 178); “y es cosa que a quien tiene espiriencia lo ve muy claramente, porque no podrá nadie creer sino lo espirimenta” (XXI, 208); “y esto no lo digo sin haberlo probado” (XIII, 196); “Muy muchas veces lo he visto por espiriencia” (XXII, 215); “Que sé yo por espiriencia que es verdad esto que digo” (XXVII, 258). [↑](#footnote-ref-21)
22. “Porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir de propósito, y creo harto he salido” (XIX, 188). [↑](#footnote-ref-22)
23. “Mas ¡en que boberías me he metido! Por tratar de las grandezas de Dios he venido a hablar de las bajezas del mundo” (XXXVII, 364). [↑](#footnote-ref-23)
24. Para justificarlas señala a veces las condiciones materiales de su trabajo de escritora: “Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas y en tantos días - porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión” (XXXIX, 386) [↑](#footnote-ref-24)
25. “Pues lo que digo “no se suban sin que Dios los suba”, es lenguaje del espíritu; entenderme ha quien tuviere espiriencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende” (XII, 135) [↑](#footnote-ref-25)
26. Dios, como el Señor que con cada alma ha pactado personalmente y que jamás traiciona. Es la “largesse” del héroe épico y del caballero errante. [↑](#footnote-ref-26)
27. Muchas veces acude al sentido del gusto para representar placeres espirituales: “mas no desasosiego inquieto sino sabroso” (XXXII, 311) [↑](#footnote-ref-27)
28. Estas expresiones son muy raras en *Le Chemin de Longue étude:* “Qui m’estoit chose espouventable” (v. 1703), dice Chistine, cuando vista desde lo alto, compata a la tierra con una pelotita. [↑](#footnote-ref-28)
29. Este es el eco que tienen sus grandes dolores y sobre todo cómo es capaz de soportarlos con paciencia gracias a la ayuda de Dios. Se magnifican el dolor y la calma para magnificar la merced divina, tanto que el contraste produce espanto: “Trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba, porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento” (V, 85) [↑](#footnote-ref-29)
30. “…el místico no solo ve la Unidad, sino que se integra y queda fijado en ella. Toda la literatura teresiana está redactada desde ese punto culminante de perspectiva” (V. G. de la Concha, 1978: 315). Para el lector actual, la sorpresa que supone encontrar el verbo “espantar” en estos contextos, la superposición cronológica de sentidos, supone también una importante movilización interior, un desasosiego. [↑](#footnote-ref-30)
31. Avisado significa también advertido, experimentado, prudente. Sentido intransitivo que apenas se usa hoy en castellano y que sin embargo reconocemos en el decir de la autora. “Avisé” sí se utiliza en este sentido en el francés actual, el mismo que tenía al final de la Edad Media y que leemos en Christine de Pizan: “Mais il convendrá aviser” (v. 3059), donde esta propiedad aparece también personificada: “Qui maistre Avis fut appelé” (v. 6.227). [↑](#footnote-ref-31)
32. “Conotar es muy frecuente en la poesía devota de la primera mitad del siglo XVI” (V. G. de la Concha, 1978: 281). [↑](#footnote-ref-32)
33. Así juzga la autora alguna vez sus propias comparaciones, mostrando su satisfacción por el hallazgo; por ejemplo, con relación a la imagen de las “maripositas de las noches” señala: “En extremo me parece le viene a propósito esta comparación…” (XVII, 172); pero no es este siempre el caso ni el resultado de sus comparaciones. [↑](#footnote-ref-33)
34. “…me dio el señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma, que cierto yo me espanté y entendí en un punto” (XVI, 164). [↑](#footnote-ref-34)
35. Teresa explica la alegoría: “Mas como no había perdido el camino, aunque poco a poco, cayendo y levantando, iba por él; y el que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece otra cosa perder el camino, sino dejar la oración” (XIX, 189) [↑](#footnote-ref-35)